

## CRÓNICAS ROMANAS





Gabriele d'Annunzio

## CRÓNICAS ROMANAS

La sociedad y la vida mundana de fines  
del *Ottocento* en Roma

Edición de  
Amelia Pérez de Villar

**fórcola**

## Periplos

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

*Via del Corso. Fotografía, 1890*

© De la traducción, edición y prólogo,  
Amelia Pérez de Villar, 2013

© Fórcola Ediciones, 2013  
C/ Querol, 4 - 28033 Madrid  
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-8962-2013

ISBN: 978-84-15174-77-6

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

## PRÓLOGO

Amelia Pérez de Villar

*La vita, o si vive o si scrive.*

LUIGI PIRANDELLO

Durante el invierno y la primavera de 1882 Gabriele fue para todos nosotros objeto de una predilección y de un culto increíbles. Era tan apacible, tan afable, tan modesto, y soportaba con tanta gracia el peso de su naciente gloria, que todos se acercaban a él llevados por la atracción espontánea de la amistad, como si se tratara de un milagro que, en la vulgaridad de la vida literaria, no se da con frecuencia. Todos los que le veían por primera vez lanzaban una exclamación de maravilla: recuerdo la de Carducci cuando se lo presentaron [...]. Poco después anidó en él una necesidad repentina de degustar rápidamente todos los goces, tristes y estériles, de la popularidad: se instaló en él como una enfermedad, en el cuerpo y en el alma, y cuando el invierno abrió las puertas de las grandes casas romanas, cedió a las lisonjas de las damas. No olvidaré nunca el estupor que me golpeó cuando vi por primera vez a Gabriele aderezado, atildado y perfumado para una fiesta.

EDOARDO SCARFOGLIO

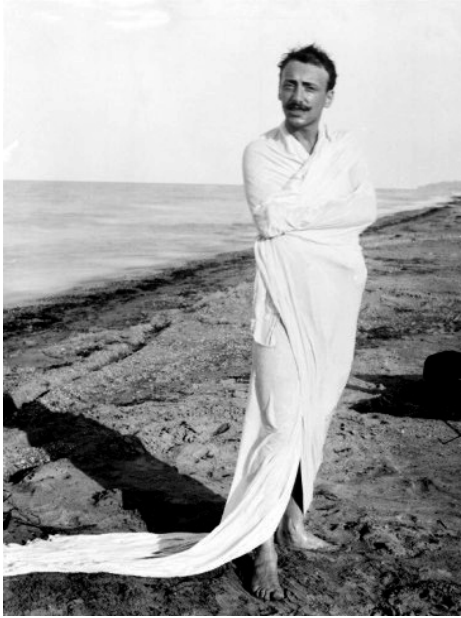
### *El triunfo de la vida*

Sin duda el año 1882 señala en el calendario, y en la biografía de Gabriele d'Annunzio, el año del ascenso, del lanzamiento, de la llegada. Había nacido el 12 de marzo de 1863 en Pescara. Alumno aventajado en el colegio y en el Liceo, publicó en 1879, y gracias a la aportación económica del padre, las odas *All'Augusto Sovrano d'Italia Umberto I di Savoia* y una pequeña colección de poemas bajo el título *Primo Vere*, con el seudónimo de Flo-

ro Bruzio, que el 2 de mayo de 1880 recibió las críticas favorables de Chiarini en el periódico *Fanfulla della Domenica*. En esta primera obra juvenil d'Annunzio imita el estilo de las *Odas Bárbaras* de Carducci. Ese mismo mes de mayo de 1880 publica *In Memoriam*, también con el seudónimo de Floro Bruzio, aunque en esta ocasión la crítica de Chiarini no será tan buena: para animar el cotarro literario y compensar este revés, finge su propia muerte como consecuencia de una caída de caballo el 5 de noviembre de 1880, hecho que hará publicar y difundir. La reacción a la supuesta muerte y los resultados del posterior desmentido no se hicieron esperar, y el 12 de diciembre de 1880 iniciaba su colaboración regular con *Fanfulla della Domenica* con el relato *Cincinnati*. El jovencísimo Gabriele había encontrado el modo de obtener publicidad para su obra y su persona, dos elementos que nunca estuvieron separados del todo, que nunca fueron del todo independientes. A partir de ahí, inventaría historias, lanzaría bulos, movería hilos y se metería como el agua por cualquier resquicio que se lo permitiera. O inventaría él mismo el resquicio. La maquinaria estaba en marcha: había nacido un mito.

Cuenta la leyenda que se inventó su nacimiento, incluso una identidad falsa. No es del todo cierto: su padre, Francesco Paolo Rapagnetta, fue adoptado de niño por unos tíos adinerados que le dieron herencia y apellido, que puso a continuación del propio: Rapagnetta-d'Annunzio. Inscribió, sin embargo, en el registro a sus cinco hijos ya sólo con este último. Gabriele fue el tercero de los cinco: nació en jueves en la casa paterna y con una vuelta del cordón umbilical al cuello: estas tres circunstancias dejaban abierta la puerta de todas las supersticiones posibles. Pero no contento con la pura realidad, unos años después decide dorar un poco su historia para elevarla a leyenda: el 14 de noviembre de 1892 cuenta en una carta a Hérelle (que estaba traduciendo al francés su obra *Il Piacere*) que había venido al mundo a bordo del barco *Irene*. También difundió erróneamente el año de su nacimiento.

Entre 1880 y 1892 nace y crece el d'Annunzio cronista, probablemente el primer periodista moderno. Trabajador incansa-



Gabriele d'Annunzio en la playa de Francavilla.  
Fotografía de Francesco Paolo Michetti, 1883.

ble, el Gabriele reportero cultivaría una forma de escribir –y se ejercitaría en ella– que sirvió de aprendizaje al Gabriele novelista, de escaparate al Gabriele poeta y de catapulta al Gabriele *vivant*, abriéndole las puertas de esa sociedad a la que se moría por pertenecer. Al llegar a finales de 1881 y con sólo dieciocho años de edad (seguimos, ahora con los números, con ese aura de superstición que tal vez lo rodeó siempre) a la capital de la Italia recién unificada, se convirtió en el trovador de la nueva patria. Tenemos ya los tres factores que influyeron en la construcción del personaje: talento, trabajo y oportunidad. Antes de recalar en la capital se escribe una parte importante de su biografía: el 15 de abril de 1881 había conocido a Giselda Zucconi, hija de su profesor de lenguas extranjeras en el Liceo Cicognini de Prato (Toscana), con la que inicia una relación amorosa que se prolongará en lo epistolar y ella le inspira un soneto que formará parte del futuro compendio *Canto Novo*. Será en noviem-

bre de 1881 cuando marche a Roma, donde se instalará en una buhardilla en el 12 de Via Borgognona, muy cerca de su amada Piazza di Spagna, protagonista o actriz secundaria en tantos de sus artículos periodísticos. Se matricula en la Facultad de Letras de la Universidad con la intención de licenciarse con el romanista Ernesto Monaci y comienza a colaborar con *Capitan Fracassa* y con *Cronaca Bizantina*, la revista que había fundado Angelo Sommaruga unos meses antes (el 15 de junio de ese mismo año). Allí coincidirá, en el negocio y en el ocio, con Edoardo Scarfoglio y Matilde Serao, Giosuè Carducci y Giuseppe Giacosa, entre otros. Cesare Testa le definió ya en aquel tiempo como «el Bonaparte de la literatura italiana»: una aseveración que contiene un sinnúmero de implicaciones, sin duda.

Su bautismo de fuego como periodista puede fecharse el 16 de enero de 1882, día en que publica en *Fanfulla* su primer artículo: la crónica de una exposición de bocetos bajo el título de «Feria de Santa Susana». Todos estos movimientos le van granjeando simpatías en los círculos literarios, y le permiten ganar la confianza de los editores. Tanto es así que el 15 de mayo de 1882 Angelo Sommaruga publicaría *Canto Novo*, obra con la que suscitará la admiración inmediata de Carducci (admiración que luego se transmutará en despiadada crítica). Durante el verano de 1882 comienzan a salir en la *Cronaca Bizantina* y en *Fanfulla della Domenica* poemas eróticos y estetizantes que se publicarán posteriormente en el *Intermezzo di Rime*. Tenía apenas veinte años y ya sentía que había llegado a un punto de inflexión en su vida: estaba cansado, o estaba madurando, o estaba insatisfecho, o todo a la vez. Alma básicamente inquieta, tampoco será la última vez que le suceda. Nos consta su íntimo malestar por las confesiones que hizo a su círculo de amigos (a Paolo De Cecco le cuenta que no logra librarse de «la fiebre letárgica de la sensualidad») y las que se contienen en una carta que escribe a su padre el 11 de abril, donde expresa sus cuitas: «He pasado estos días sumido en una agitación continua, con mil inquietudes, con mil motivos de impaciencia, sin encontrar un átomo de voluntad, no sé qué me ocurría. Estoy enfermo de espíritu, estoy enfermo del alma».



La inflexión y la reflexión se resuelven en parte el 23 de enero de 1883, fecha de su ruptura con Elda. No tarda en sustituirla: seduce a Maria Hardouin, hija del conde di Gallese, con la que se fugará –posteriormente contraerán matrimonio– el 28 de julio, contra la voluntad del padre de ella. Se instalarán en Roma después del verano. Apurado por el peso de las nuevas responsabilidades familiares, intensifica sus colaboraciones con *Fanfulla della Domenica* y con *Capitan Fracassa* escribiendo crónica social, noticias locales y reseñas de exposiciones de arte que ya preludian la mayor y mejor parte de su actividad como cronista: la época de *La Tribuna*, donde fue columnista de plantilla desde el 1 de diciembre de 1884 hasta finales de agosto de 1888 firmando con distintos seudónimos (Il Duca Minimo, Lila Biscuit, Vere de Vere, Happemousche, Bull-Calf, Filippo La Selvi o Puck, entre otros) sus crónicas agrupadas por temas: La vida en Roma, La vida en todas partes, Historias mundanas, Crónicas bizantinas, Crónicas mundanas, Grotescas y arabescas (un guiño a los *Cuentos de lo grotesco y lo arabesco* de Poe). En ellas ofrece un retrato del panorama social y cultural de Roma, en sus retransmisiones-recreaciones escritas de conciertos, funerales, bodas, subastas, bailes y cenas en residencias privadas o instituciones públicas, estrenos teatrales o inauguraciones de locales, pero dejando también un espacio para una reflexión más profunda sobre temas menos frívolos, como el arte, la literatura o la música.

El año 1884 no había sido un año fácil: el 14 de enero había nacido su primer hijo; en junio ve la luz el *Libro delle Vergine*, publicado por Angelo Sommaruga. La cubierta no complace a d'Annunzio, que discute con el editor y rompe la relación con él. A finales de 1884 tiene un *affaire* con Olga Ossani (la Febea de *Capitan Fracassa*) que le inspirará el personaje de Elena Muti en *Il Piacere*. Y aunque la oportunidad de trabajar como cronista fijo en *La Tribuna* podía suponerle cierta tranquilidad, parece ser que no fue así. Tras pasar el verano de 1885 en Abruzzo con su mujer (embarazada de su segundo hijo, que nacerá en mayo de 1886) y el niño, d'Annunzio regresará a Roma en septiembre herido de espada en la cabeza, a consecuencia de un duelo, descon-

tento con su trabajo de periodista, «una actividad que se nutre de lo superficial», y acosado por los acreedores. No logra encontrar su camino: ni el trabajo fijo ni la vida familiar le satisfacen; después de publicar *Canto Novo* siente que tampoco ha encontrado su voz literaria, y se verá impulsado a embarcarse en un sinfín de pruebas y experimentos con la pluma, escribiendo poemas y relatos largos e iniciándose en la novela (en una carta a Nencioni fechada el 6 de septiembre de 1884 declaraba estar precisamente esbozando una novela). Entretanto, en marzo de 1886, cesa por falta de ventas la publicación de *Cronaca Bizantina*, cuya dirección había asumido d'Annunzio unos meses antes a raíz del escándalo de Sommaruga. Muchos de los escritos que va produciendo durante estas semanas aparecerán en diversas publicaciones y se compilarán en una edición titulada *San Pantaleone* (abril de 1886) que –objeto de una fuerte polémica al acusársele de plagio– recibe una fría acogida. Lo mismo sucede con los poemas, recogidos en el volumen de título *L'Isotta Guttadàuro ed altre poesie* que publicará *La Tribuna* en las Navidades de ese mismo año: su escaso éxito no contribuirá a aligerar sus problemas monetarios, ni le ayudará a elevar la moral. Objeto de burla por una parodia atribuida a su amigo Scarfoglio que apareció el 16 de octubre de 1886, le reta en duelo y d'Annunzio resulta de nuevo herido en un brazo.

D'Annunzio se encuentra sumido en una fuerte crisis intelectual y moral. El 6 de abril escribe a Maffeo Sciarra, principal accionista de *La Tribuna*, contándole su situación personal y económica. Se declara «vencido por Roma»:

Roma me ha vencido. Yo, por temperamento, por instinto, necesito lo superfluo. La educación estética de mi espíritu me arrastra de modo irresistible al deseo de adquirir cosas bellas. Yo habría podido vivir en una casa modesta, sentarme en sillas de Viena, comer en platos corrientes, caminar sobre alfombras de fabricación nacional, tomar el té en una taza de tres sueldos, limpiarme las narices con pañuelos de a dos liras la media docena, vestir camisas de Shostall o de Longoni. Pero ¡ah fatalidad! No: he querido tener divanes, preciosos

tejidos, alfombras de Persia, platos japoneses, bronce, marfiles, baratijas, todas esas cosas inútiles y bellas que amo con esa profunda pasión destructiva.

Y como parece que lo único que puede salvarle de la destrucción es una vida ordenada, conservando su puesto en el periódico, y no se siente capaz de seguir así, escoge la otra opción y expresa su deseo de dejar su puesto e, incluso, de abandonar Roma y volver a Abruzzo:

Tendría que volver a escribir crónicas alegres para *La Tribuna*, a hacer de nuevo «literatura con minúscula». Y esto me resultaría duro, porque tengo muchas cosas de las que ocuparme, muchas obras que llevar a término, y muchas ganas de trabajar en serio en una en concreto que es larga y tiene para mí una importancia capital. Para una persona con mi ingenio y mi forma de ser, la colaboración diaria en un periódico distrae mucho: me obliga a dispersarme y me resta mucha energía [...]. Tengo muchas deudas que con gran esfuerzo he conseguido agrupar en una misma fecha de vencimiento con la esperanza de tener la suerte de venderlas y vivir con austeridad durante algunos años. Pero no ha habido suerte: entrego las armas, dejaré que mi casa se derrumbe y que mis cosas se dispersen. Con lo que obtenga de la venta de la mayor parte de mis muebles y objetos de arte mi abogado podrá reunir, espero, las quince mil liras que hacen falta. Y yo me iré, resignado.

Siente el fracaso. El fracaso de no terminar de despegar en lo literario, el fracaso de no haber podido mantener su estatus de director de una publicación y tener que resignarse al puesto de cronista. Siente que debe reinventarse, que tal vez ha llegado el momento de dejar «la literatura con minúscula» y centrarse en la obra maestra. Y que necesita alejarse, encerrarse y en Roma no puede hacerlo. Pero lo hará. Sciarra saldrá sus deudas y le vencerá para que vuelva al redil. No puede entender que entregar una crónica social al día le aparte tanto de su «obra maestra» ni

le reste tanto tiempo, y la historia conjunta de d'Annunzio y *La Tribuna* se seguirá escribiendo durante dos años más: dos años en los que se seguirá construyendo el futuro novelista, puliendo el cronista presente y abillantando la leyenda del gran Vate italiano.

### *El cronista de Roma*

Como hemos visto, Gabriele d'Annunzio llega a Roma a finales de noviembre de 1881. Allí lo recibe Enrico Nencioni, anglicista que se convertirá en su mentor y le descubrirá a Whitman y a los Prerrafaelitas. Es en la universidad donde conocerá a Edoardo Scarfoglio (autor de las palabras de remembranza que encabezan este prólogo) y a Pascarella. En la pequeña buhardilla de Via Borgognona no llegará a pasar un año entero: en otoño de 1882, Michetti, Barbella y Tosti (el «Cenacolo de Francavilla») le instan a trasladarse a su cuartel general, en Via dei Prefetti; para entonces la Ciudad Eterna ya le había atrapado en sus redes: es de diciembre de 1881, poco después de su llegada, un texto donde habla de «el amor sensual de Roma»:

El clima es suave, el cielo espléndido, el sol de oro; las ruinas ofrecen estrofas e imágenes soberbias a mi corazón de poeta.

Las vacaciones navideñas de ese año las pasará en Florencia, en casa de Giselda, a quien él llamaba Elda. A su regreso en enero de 1882 es cuando tiene lugar el encuentro con Carducci. Sabemos de sus idas y venidas galantes por las cartas a Elda y por los primeros artículos de sociedad que publica en *Fanfulla*: sus inicios en actividades deportivas (por la mañana, esgrima, y por la tarde, equitación), de sus paseos por los lugares más amados de Roma, anotando ya en su libreta las frases que recorren sus más afamados artículos y participando de las fiestas populares. En una carta enviada a Elda del 12 de febrero de 1882 reproduce casi exactamente las primeras líneas de la crónica publicada ese

mismo día en el periódico, «Confetti en la hípica»: ya hace gala de ese afán ahorrador (en lo literario) y de ese gusto por el reciclaje que será patente a lo largo de toda su carrera, en su intento de no permitir que la «miserable fatiga cotidiana», como llamó al ejercicio de la crónica, invadiera el territorio de la Literatura con mayúscula.

Así, entre su adaptación a la vida galante, sus contribuciones al periódico con pequeñas crónicas, algunos poemas y las entregas de la novela corta *Bestiame*, transcurre el primer curso de d'Annunzio en La Sapienza, que se reducirá a una visita a primeros de junio, a su vuelta de un viaje que hace a Cerdeña con Scarfoglio y Pascarella, para que le firmen el libro «y no perder el año». De ahí (¡qué dura vida!) volverá a Florencia a visitar a Elda y pasará unos días en Bolonia: quiere visitar a su amigo Lanzoni y llamar a la puerta de la editorial Zanichelli para publicar *Terra Vergine* y *Canto Novo*, que estaba preparando. No tiene suerte en esta ocasión. Luego se traslada a Abruzzo para pasar el verano. Se reunirá en Francavilla con Francesco Paolo Michetti, Paolo Tosti y Costantino Barbella, los componentes del famoso «Cenacolo de Francavilla», grupo de artistas con los que compartirá innumerables veladas y a los que menciona en muchas de sus crónicas. Continúa colaborando con publicaciones periódicas: *Preludio*, con sede en Ancona, *Cultura letteraria*, *Fanfulla della Domenica*, *Farfalle*; algunas de estas colaboraciones pasarían luego a formar parte de *Terra Vergine* y *Canto Novo*.

Las estancias veraniegas de d'Annunzio en su tierra tuvieron una importante influencia en su formación como literato. Huésped de Michetti, que durante la época estival traslada el Cenacolo a una propiedad suya junto al mar, d'Annunzio entra en contacto con la naturaleza y la vida campestre, con el folclore y el arte. La influencia de Michetti es decisiva en la educación del gusto d'annunziano (educación que, a falta de rigor en la asistencia a las clases, completará con sus vivencias entre pintores y músicos, con Enrico Nencioni y Angelo Conti en las mesas del romano Caffè Greco, en otro *cenacolo* llamado In Arte Libertas), que, según sus propias palabras, llegará a convertirse en un «conteur de couleurs». La alternancia de influencias, la mundana de Roma

en invierno y la campestre de Abruzzo en verano, le procurará todas las imágenes y materiales que necesita para sus escritos: prepara concienzudamente las crónicas de arte de la Exposición romana y se procura un *frak* [sic] para asistir a los grandes acontecimientos que ofrece la ciudad. De las cartas a su padre en esta época se deducen varios hechos decisivos: los estudios universitarios han pasado definitivamente a segundo plano, se refiere a su actividad literaria (periodística o no) como «el trabajo», ha encargado papel de escritorio con un elegante monograma y ha conocido a la duquesa de Gallese.

Ya no había vuelta atrás: estamos definitivamente ante el nuevo cronista de la nueva Roma. En febrero de 1883 rompe su relación con Elda. Atrapado por Roma y por la vida romana, la amante distante, provinciana y pequeño-burguesa, pierde fuerza a favor de la promesa de ascenso social que encierra la hija de la duquesa Natalia di Gallese, Maria, a la que seducirá, como hemos visto, unos meses después. Doña Natalia es amiga íntima de madame Helbig, se las ve a menudo en compañía de Liszt, y posee el Palazzo Altemps, célebre por las reuniones que celebra la duquesa y por la concurrencia, compuesta por lo más granado de la nueva sociedad romana.

El matrimonio no prosperó, cierto: el duque, enfadado por la boda de su hija con un don nadie, dejó de hablar a la muchacha y la desheredó. Acabó incluso separándose de su mujer, que había apoyado a la pareja. Pero a d'Annunzio se le habían abierto las puertas de los grandes *salotti*, su nombre resonaba en toda Roma, sus obras seguían publicándose y –también gracias a Natalia di Gallese– entró a formar parte de la nómina de *La Tribuna*. A partir de la publicación en 1884 del *Intermezzo di Rime* el poeta de Pescara empieza a hablar con voz propia, aunque fracasa en su intento de ascenso social por la vía rápida: participará en todos los acontecimientos sociales que tanto le gustan sólo como espectador, siempre provisto de papel y lápiz, siempre entrando y saliendo por la puerta de servicio. Verá pasar ante sus ojos a esa Roma de altos vuelos compuesta por aristócratas que manejan el cotarro y por burgueses que han llegado allí, como diríamos ahora, a golpe de talonario. Sólo podrá con-

templar de lejos a las beldades que admira y que tan minuciosamente nos describe, excelsas portadoras de divinos vestidos y peinados y de joyas heredadas o adquiridas. En suma: la vida que anhela está ahí, pero está tras un cristal que, por el momento, no puede atravesar.

A pesar de todo, d'Annunzio llegó a ser por derecho propio el cronista de esa Roma: de eso trata, precisamente, este volumen. El d'Annunzio joven y talentoso llegó a la gran Urbe en una época en que la decadencia clásica empezaba a ceder al ímpetu de la modernidad. Villa Ludovisi va a ser demolida para ampliar la archiconocida Via Veneto. El Aventino y el Gianicolo se dividen en parcelas; los nuevos ricos, burócratas y comerciantes, comienzan a construir sus mansiones. En Roma empiezan a coexistir, con las ruinas doradas y rosáceas de las que nos habla d'Annunzio, los ómnibus y los carteles publicitarios, las catedrales y los grandes almacenes. Es el germen de nuestra actual sociedad de consumo; hacen falta trajes a la moda y afeites de belleza, y ocasiones sociales para lucirlos: conciertos, estrenos teatrales, exposiciones, bodas y funerales. Otro acontecimiento social nuevo son las subastas, símbolo en sí mismas de la extinción del Viejo Mundo para dar paso al nuevo. Y todo esto necesita una voz que lo cuente, que lo narre en primera persona y lo ponga al alcance de los menos afortunados, pero también que alimente la vanidad de sus protagonistas, porque a la mañana siguiente «las mujeres hermosas leen con curiosidad las crónicas recostadas en la almohada y, al enterarse de todas esas extravagancias y entelequias de los cronistas fantasiosos, se reirán, sin duda...» («Contra las crónicas»).

La lectura de una recopilación de las crónicas periodísticas de d'Annunzio es pura aventura, y una enseñanza de gran valor en muchos ámbitos de la vida y la cultura. En ellas no sólo desgrana toda la fraseología que le catapultó a la fama y que vetea toda su creación literaria, contemporánea a las crónicas (como los poemas) y posterior (novelas y piezas teatrales). También muestra todo lo que lleva dentro: su admiración por los auténticos frente a los advenedizos, lo que no deja de ser una ironía pero también un dato importante sobre su forma de verse: *él* no era adveni-

zo, *él* era un elegido que estaba ahí por derecho propio... sólo necesitaba un empujoncito; sus opiniones sobre la música, en materia de ejecución y de puesta en escena, y sus gustos particulares por uno u otro estilo, por uno u otro músico, incluso por uno u otro lugar de representación, como puede leerse en la crónica titulada «Misa de réquiem»; sus gustos en pintura o en decoración, aquellos cultivados gracias a los grupos de Francavilla y del Caffè Greco, estos últimos adquiridos a través de lecturas que llegaban de Francia y sucumbiendo a la fuerza terrible de la moda, que casi siempre acaba imponiéndose. Su sensibilidad hacia las manifestaciones artísticas es patente en los artículos sobre exposiciones, como «En la Galería Borghese»; en «Crónica vaticana», se vuelve más beligerante al mostrarnos el ultraje que suponen las obras para preparar la Exposición para los frescos o las urnas funerarias que acaban invadidos por el polvo y los cascotes: una vez más, la Roma nueva se contrapone a la clásica y la violación es tan patente para este observador provisto de libreta y bolígrafo que le vemos casi enarbolando una pancarta donde se lea «Stop!»; una actitud que alcanza la cima en su despiadada crítica de la reforma del Teatro Dramático Nacional, donde aparca la poesía y el decadentismo para decir de él, tan alto como permite un artículo periodístico, que es «...completamente industrial, feo, mezquino, comprado a tanto el metro, pegado ahí para dar testimonio de la tacañería que ha presidido la realización de toda la parte ornamental de esta obra».

Ésta es la dualidad que habita en d'Annunzio, y su triunfo haber hecho de ella una unicidad sólida y perfecta: sería injusto decir de él que defendía unas veces lo antiguo y otras lo moderno, decir, por exponerlo con sencillez, que era un «chaquetero». Él no cambiaba de bando: estaba siempre en el bando de la belleza, de lo *aesthetic*, como se decía en su época, y nunca se movió de ahí. Si lo antiguo era hermoso ¿por qué poner horribles balaustradas modernas como las del Teatro Dramático? Si lo moderno era lo japonés ¿por qué sustraerse al encanto del Extremo Oriente, en vez de sucumbir y llenar el salón de telas bordadas con pagodas? Si en las revistas francesas se nos mostraban esas *toilettes* nuevas, modernas, elegantes, llenas de encanto... ¿por



qué resignarse a ir al teatro con un vestido de día, cerrado, es decir, sin escote, sin joyas, sin flores y sin pieles? En definitiva, si teníamos cosas bellas, romanas o no, ¿por qué no disfrutarlas?

En mi opinión este modo de pensar juega a su favor y no en su contra: el hecho de no defender «lo moderno» a ultranza, sólo como alternativa deseable a lo que ya no funciona, le coloca en una posición excelente como árbitro de tendencias y, aunque él no sea consciente, en esos momentos en que la «miserable fatiga cotidiana» de la crónica periodística le aleja de la creación literaria extensa, d'Annunzio está invirtiendo en su propio futuro como novelista. No sólo porque muchas de las descripciones de estas crónicas que podemos leer aquí pasarán a sus futuras novelas, sino porque está ensayando, puliendo su técnica y desarrollando su estilo. Pero hay algo más importante: está aprendiendo a manejar la voluntad de las masas, influyendo en las opiniones de la gente o, en ocasiones, creándolas, y contemplándolo todo desde una tribuna (nunca mejor dicho) que le da una perspectiva de inmenso valor sobre qué hace la gente, qué les gusta, adónde van, cómo se comportan. De este modo él, de mero observador y transcriptor de la realidad, pasa a desempeñar aquí también un papel con reverso, y comienza a actuar como prescriptor, subiendo un peldaño más como *socialité* y como literato. Está escribiendo lo que los lectores quieren leer, y convenciéndoles de que quieren leer lo que él escribe. Tal vez hoy ya no, pero hace algunos años muchos cazatalentos le hubieran ofrecido un sueldo millonario por formar parte de su empresa.

En todo caso, por ingrato y comprometido que le resulte, y por mucho tiempo y concentración que le reste, su incontenible ingenio encuentra siempre la manera de llegar donde quiere. No puede escribir novelas largas, novelas propiamente dichas o, como a él le gustaba llamarlas, *capolavori*: grandes obras, obras maestras. Se tiene que contentar con «novellas» que publica por entregas en los periódicos: literatura con minúscula. Tiene que verter su creatividad y su capacidad literaria en poemas que también salen, de uno en uno, en los periódicos, hasta que por fin llega el momento en que aparecen publicados en un elegante volumen de piel o tela. Pero también afirma, y no en una úni-

ca ocasión, que él «no es sólo poeta». Y lo suyo, añadido, no es sólo ambición: imbuido de la teoría wagneriana-nietzscheana del «arte total», su obra aspira a pasar a la historia, a situarse por encima de lo mediocre y de lo banal, sí, pero también defiende de un modo absolutamente lícito ser literato de profesión y vivir de su obra, por mucho que reconozca abiertamente que ni siquiera Carducci puede hacerlo y que tiene que sustentarse, para poder vivir y para poder seguir escribiendo, con los emolumentos de una cátedra pública de enseñante. Volviendo, en fin, a su componente «fantasioso», podemos decir que ni siquiera en algo tan supuestamente serio, riguroso y encorsetado como es la crónica periodística se quedó d'Annunzio encerrado. Aparte de utilizar párrafos enteros en algunas de sus principales novelas, como *Il piacere* o *Il trionfo della morte*, aprovecha cualquier ocasión para insertar un poema de cosecha propia («*Inclite donne tiberine*») o alguna historia real o ficticia que acaba encajando, fabulada, como parte de la crónica. Doña Claribel, por ejemplo, cuya historia es en sí misma un artículo y que aparece mencionada en la crónica sobre la reapertura del Apollo («*Intermezzo*»), entre otras, o la historia de Clara Medi, una fábula incluida en la obra recopilatoria *Tutte le novelle*, es decir, creada con vocación de ficción pero que reutilizará, por párrafos, en varios artículos. Leemos historias ficticias, creadas por él o recreadas, en artículos como «Christmas» o «Fin de año». En «Fastos carnavalescos» arranca con uno de sus párrafos distintivos, describiendo una escena romana popular y colorista para quejarse luego de la llamada de la obligación:

Y, tras de este inicio poético y grandilocuente, se humille el estilo y descienda al ejercicio de la árida crónica al estilo de Mengarini...

También se concede la ironía: en «Contra las crónicas», o con el satírico Vademécum del perfecto cronista incluido en «Bailes y veladas», d'Annunzio aprovecha para desahogarse, una vez más, de la miserable fatiga cotidiana. Es su manera de decirnos, por un lado «esto no es fácil, no vayan a creerse». ¿O tal vez «esto es

una bobada que cualquiera puede hacer»? Ni lo uno ni lo otro, o ambas cosas. La dualidad, de nuevo. Entre líneas, la afanosa búsqueda del adjetivo, una meta que se encuentra, soterrada, en toda su obra, de ficción o no, en verso o en prosa, y un objetivo que alcanzó y por el que ya se le reconocerá siempre. El 30 de agosto de 1880 Il Duca Minimo firma la última crónica para *La Tribuna*; se trata de una crónica veraniega enviada desde Francavilla, donde estaba desde el 26 de julio para dedicarse por entero a la construcción de *Il piacere*.

### *Después de las crónicas*

Tras terminar su etapa de periodista en *La Tribuna* asistiríamos al nacimiento de una figura literaria universal. A finales de la década de 1880 y probablemente como consecuencia de tan ansiado retiro, de tan esperado encierro, logró por fin redactar la que sería su primera novela, *Il piacere*, publicada en 1889. Siguió en 1891 *Giovanni Episcopo* y *L'innocente* en 1892. Las tres supusieron una conmoción desde el punto de vista literario. *L'innocente*, sobre todo, fue un éxito de crítica fuera de Italia. Sus siguientes obras fueron *Il trionfo della morte* (1894), *Le vergini delle rocce* (1896) e *Il fuoco* (1900). *Il Poema Paradisiaco* (1893), *Odi navali* (1893) y *Laudi* (1900) constituyen su obra poética de este período.

Su producción teatral tampoco es desdeñable. En 1897 presentó *Il sogno di un mattino di primavera* (1897), una fantasía lírica en un acto y, un año después, *Città Morta*, que escribió para Sarah Bernhardt. En 1898 escribió *Sogno di un pomeriggio d'autunno* y *La Gioconda*, y en 1899 *La gloria*: un intento de tragedia política contemporánea que no tuvo éxito, debido tal vez a la audacia de las alusiones –políticas y personales– que se hacen en algunas escenas. Una de sus más famosas piezas es sin duda *Francesca da Rimini* (1901), una perfecta reconstrucción de la atmósfera medieval de la que el crítico italiano Edoardo Boutet dijo que era la primera tragedia real, aunque imperfecta, que había dado la escena italiana. Escribió también el guión de

una película, *Cabiria* (1914), basado en algunos episodios de la Segunda Guerra Púnica.

Su matrimonio con Maria di Galese se rompió en 1891. En 1894 inició una historia de amor con la famosa actriz Eleonora Duse, para la que escribió *Francesca da Rimini* (1901). Esta tormentosa relación terminó en 1910.

En estos años era admirado por su estilo original, poderoso y decadente, que ejerció una enorme influencia en toda Europa y en los escritores italianos de varias épocas. Sin embargo, sus obras de principios del siglo xx no son muy conocidas en la actualidad. Su reputación literaria se vio empañada por su asociación con el fascismo, pero incluso antes de este escarceo político contaba ya con terribles detractores. Incluso en lo personal hizo gala de una duplicidad incomprensible para el ojo racional. André Gide escribió de él: «Tiene don, pero no genio [...]; escasa pasión y siempre fría. Decepciona por igual a quienes aprecian o desprecian su obra», y uno de los asiduos de los salones parisinos de la época, el millonario Boni de Castellane, dice que «su influencia es como la de un perfume: cautiva, atrae y fatiga». Una crítica del *New York Times* publicada en 1898 dijo que su novela *L'innocente* era una muestra de su naturaleza «malvada, egoísta y corrupta». En cuanto a *Francesca da Rimini*, a las tres semanas de representarse en el Teatro Costanzi de Roma (diciembre de 1901) fue vetada por el censor por considerarla inmoral.

La creación literaria de d'Annunzio bebe de diversas fuentes: la literatura rusa, alemana y escandinava, o la literatura simbolista francesa, por ejemplo. En sus relatos se aprecia la influencia de Guy de Maupassant. A través de traducciones francesas conoció la poesía de los ingleses y los alemanes, y tal vez también a los clásicos griegos y latinos. La influencia de sus fuentes es, a menudo, tan marcada que le vale acusaciones de «escasa originalidad». A su vez, en París se dio a conocer ante lo más granado del panorama literario de la época: Paul Valéry, Gide, Proust... Robert de Montesquiou le puso en contacto con Ida Rubinstein, Debussy y León Bakst. Según el escritor argentino Enrique Larreta: «El estilo de d'Annunzio, el perfume de d'Annunzio, conquistó a París. Había que hablar a las mujeres con una gota de

aquello en el pañuelo». En otra de sus obras más significativas, *Il fuoco* (1900) –un relato ficcionado de su historia de amor con Eleonora Duse–, se autorretrata en el personaje de Stelio Effrena como un superhombre de Nietzsche.

En 1897 d'Annunzio fue elegido diputado, con orientación política «independiente». Hacia 1910 huyó a Francia, ahogado por las deudas. Allí escribió, en colaboración con el compositor Claude Debussy, el libreto de *Le martyre de Saint Sébastien* (1911), pensado para que lo interpretara Ida Rubinstein. El hecho de que la mujer fuese judía, interpretase a un santo y mártir católico y saliese a escena con el torso desnudo haciendo gala de su aspecto andrógino, en lo que parecía incluso un ensalzamiento de la ambigüedad sexual, fue, simplemente, demasiado: el Vaticano reaccionó incluyendo todas sus obras en el *Index expurgatorius*. La obra no fue un gran éxito, pero se grabó después, en numerosas ocasiones, en versiones adaptadas como la de Pierre Monteux (en francés), Leonard Bernstein (cantada en francés, pero representada en inglés) y la de Michael Tilson Thomas (también en francés).

A comienzos de la Primera Guerra Mundial, d'Annunzio regresó a Italia y pronunció una serie de discursos a favor de la entrada de su país en la Triple Entente. Se alistó como piloto voluntario, con lo que ganó popularidad y perdió la visión de un ojo, a causa de un accidente. En febrero de 1918 tomó parte en una arriesgada misión, aunque irrelevante desde el punto de vista estratégico, en el puerto de Bakar, contribuyendo a elevar la moral del público italiano aún abatido por el desastre de Caporetto. El 9 de agosto de 1918, como comandante del 87 escuadrón, llamado «La Serenissima», dirigió una flota de nueve aviones en un viaje de ida y vuelta a Viena para lanzar propaganda.

La guerra exacerbó sus sentimientos ultranacionalistas y su espíritu irredento. Hizo campaña para que Italia ocupara un puesto en las filas de los Aliados, como primera potencia europea. Airado por la entrega de la ciudad croata de Fiume (ahora Rijeka), de población mayoritariamente italiana, en la Conferencia de Paz de París celebrada el 12 de septiembre de 1919, encabezó la toma de la ciudad con un ejército de dos mil hombres, forzando la retirada de las fuerzas de ocupación aliadas



Paseantes y tráfico intenso en Via del Corso. Fotografía, 1890.

(americanos, británicos y franceses): querían anexionar Fiume a Italia, pero su exigencia fue desestimada, lo que le llevó a sitiar la ciudad y exigir su rendición. Entonces d'Annunzio declaró Fiume Estado independiente e instauró un régimen que bien parecía el embrión del sistema fascista italiano. Se proclamó Duce e intentó organizar una Liga de Naciones para salvar a determinados pueblos oprimidos (como los italianos de Fiume), planeando alianzas con diversos grupos separatistas de los Balcanes, aunque sin mucho éxito. Ignorando el Tratado de Rapallo, d'Annunzio declaró la guerra a Italia, pero se rindió en diciembre de 1920 tras un bombardeo del ejército italiano.

Tras su experiencia política, el escritor se retiró a una mansión en el Lago di Garda, donde pasó los últimos años de su vida dedicado a escribir. Aunque tuvo una enorme influencia sobre la ideología de Benito Mussolini, nunca participó activamente en los gobiernos fascistas italianos. En 1924 el rey Víctor Manuel III le nombró Príncipe de Montenevoso. En 1937 fue elegido presi-

dente de la Real Academia Italiana. Murió de un infarto en 1938, en Gardone Riviera. Mussolini hizo celebrar en su honor funerales de Estado, y fue enterrado en una magnífica tumba de mármol blanco en el Vittoriale degli Italiani, el museo su creación.

### *Sobre esta edición*

Hacer una selección breve, como esta que nos ocupa, de la obra periodística de d'Annunzio no es sencillo. Aunque existen excelentes ediciones y recopilaciones de sus obras completas –y esto incluye, naturalmente, las crónicas– se trata de una obra tan prolífica y tan extensa que la síntesis no es tarea fácil. Estaba claro que en esta edición la protagonista debía ser Roma, pero es que la sombra de Roma es alargada. Y las facetas del autor son múltiples, como un diamante con talla brillante. Ni que decir tiene que dejar fuera algunos artículos ha supuesto cierto dolor, pero desde el comienzo el propósito de estas *Crónicas romanas* estaba claro, y en torno a eso ha pivotado todo: la selección, la inclusión, la exclusión y la mutilación incluso de algunos artículos por ser demasiado repetitivos o por incluir párrafos que no venían al caso.

Y ¿qué crónicas definen a d'Annunzio y a la Roma d'annunziana, la de finales del siglo XIX en este caso? Pues las que contiene este libro sin duda, aparte de tantas otras. No son todas las que están, no es posible. Pero sí están todas las que son. Nuestra intención ha sido llevar al lector del siglo XXI un panorama de la Ciudad Eterna a través de todas las ocasiones sociales posibles: los paseos, los días de compras, los conciertos, las bodas, los funerales, las necrológicas, las carreras de caballos o de galgos y las críticas literarias amables y un poco superficiales, las críticas musicales y de arte o la moda parisina del momento.

Verán los lectores que en algunos casos damos razón de un corte en un artículo porque d'Annunzio había abusado de su tendencia al reciclaje. Verán, también, que en otros hemos respetado escrupulosamente sus repeticiones, idénticas al cien por cien o con ligerísimos retoques: es nuestra forma de presentarles su forma de trabajo tal y como la hemos visto. Se ha prescindido

de aquellos artículos donde la enumeración de personajes y sus aderezos era tan obvia que parecía haberse hecho de mala gana, en forma de elenco: nombre, dos puntos, título nobiliario y traje que lucía. Se han mantenido los fragmentos de poemas que cita directamente o incluso los que incluye como parte de la sintaxis de su propio texto, cuya traducción se ofrece en nota aparte, tal como él lo puso. Se han eliminado los poemas propios (sucede en el caso de la crónica titulada «Piazza di Spagna») que no aportaban nada a la crónica. Se han conservado las expresiones en otras lenguas –francés, inglés o español– aun cuando su transcripción era errónea (naturalmente, dando fe de ello) y se ha incluido la traducción en nota. Se ha mantenido todo el vocabulario que maneja en francés sobre moda y decoración, por cuyo abuso pide disculpas en un artículo: como era ciertamente abundante, decidimos confeccionar un glosario que permite al lector no iniciado encontrar fácilmente el equivalente en castellano. Y por último, nunca mejor dicho, se decidió cerrar la selección con un artículo sobre el fin, la decadencia y la agonía («Muerte del carnaval») en las antípodas de aquel otro luminoso y solar con el que se iniciaba, anterior incluso a la época de *La Tribuna* y de *Il Duca Minimo*.

Ahora esperamos que el lector quiera acompañarnos en nuestro recorrido de la Roma de *fin de siècle*, para participar en sus bailes y subastas y conocer los últimos cotilleos de la alta sociedad, la literatura y la política de la mano de una de las máximas autoridades de la crónica de la época.



**CRÓNICAS ROMANAS**  
La sociedad y la vida mundana de fines  
del *Ottocento* en Roma



1.  
EFECTOS DE LUZ

TENEMOS una primavera precoz. Ayer, saliendo por la Porta del Popolo, vi clarear sobre el fondo turquesa del cielo un bordado finísimo, compuesto por la copa de un árbol; como buen adorador de la Madre Naturaleza sentí un ímpetu jubiloso y grité a un amigo: «¡Un almendro en flor!». Pero... ay de mí: no era más que una rama seca con hojas plateadas.

Y sin embargo la primavera ya está ahí: se siente en el aire, se siente en el verde humilde de la campiña, se siente en la sangre. Roma es puro esplendor: tiene un encanto nuevo, parece joven y alegre y recuerda a la Roma pagana, saturnal y augusta. Hasta el Panteón, ese gigante negro y ceñudo, se anima de un modo extraño ante el rubio sol. Y bajo el pórtico, entre las columnas corintias, parece ondear a veces un palio o un peplo... Con un poco de buena voluntad, hasta un agente de policía se puede transmutar en sagrada virgen o en senador quirite, ¿por qué no?

El monte Pincio, en las horas matinales, lleva ecos de infancia: una bandada de niños de pelo rubio, castaño, ensortijado, con las caritas rojas de frío, pasan una y otra vez con trino y gorjeo de pájaros, se pierden en los bulevares en umbría, se esconden tras de los troncos. El sol arranca reflejos amarillo cromo al verde de la vegetación, se quiebra en los pilones, brilla sobre los bustos marmóreos, dota de cándidos reflejos a los delantales de las niñeras y despierta relampagueos áureos en las trenzas de las alemanas, infatigables paseantes de sombrero masculino.

En algún banco solitario hay un viejo que se calienta y mira con ojos tiernos el tropel de muchachos; hay un joven pálido –tal vez enamorado– que lee un libro –tal vez las rosadas *Intimités* de François Coppée–; hay una señora elegantemente vestida de negro, con un velo por la cara, que atormenta nerviosa la gravilla con la punta de un diminuto pie de calzado exquisito...



Vista del Panteón de Agripa, c. 1882. Los dos campanarios, diseñados por Bernini, se ganaron el popular apelativo de «orejas de burro» y fueron retirados en 1883.

De la finura de las escenas del Monte Pincio, dignas del pincel caprichoso de un Watteau, a la rudeza pétrea de los tipos plebeyos de Porta del Popolo, no hay más que unos cuantos pasos.

Aquí la calle está inundada de sol; el sol se alborozaba sobre el rostro de los carreteros, en los cascabeles de los caballos, en las botellas de las insignias de las tabernas, en el forro verde de los capotes que van sobre los carros, en los cristales, en las paredes blanqueadas. Es un griterío incesante y confuso, en medio del cual vibra de súbito un acento del Abruzzo o suena una chanza romana... Hay rostros embrutecidos por los golpes que harían temblar a d'Orsi; rostros oscuros, del color del cobre, de gruesos labios hotentotes, de ojos redondos de un matiz indescriptible, surcados de venas; rostros que, vistos en una esquina a la hora del crepúsculo, darían miedo. Son tipos auténticamente catalanes: piel bronceada, mentón cuadrado, pómulos salientes, labios sutiles que parecen un corte de navaja y ojos pequeños, pero brillantes como la hoja de una espada toledana.

Cada tanto pasa alguna hermosa mujer de la Ciociaria, alta y sosa, derecha como un pino joven; pasa suscitando una plétora de miradas incandescentes de deseo salvaje, de ocurrencias pro-

caces, entre aquellos a quienes la sangre les corre áspera por las venas como el aguardiente por la garganta.

Pero la gloria del mediodía resplandece sobre todo en la plaza de San Pedro. La cúpula, coronada por la radiante esfera, surge maravillosa sobre el azul purísimo que de cuando en cuando atraviesa graznando algún cuervo perdido. Toda esa blanca población de estatuas se anima. En los intercolumnios se abren zonas llenas de sol. Las fuentes brillan, destellean, espumean, susurran, repiquetean: a veces se asemejan a columnas de diamantes; otras, de polvo de plata; en ocasiones, a nubes de nieve. Y en medio de todo ese movimiento rumoroso del agua, el obelisco egipcio erecto, rojizo, cubierto de jeroglíficos, se alza como un signo de exclamación.

Pero ¿quién puede explicármelo? ¿Quién me explica esta extraña fascinación que tiene el crepúsculo aquí en Roma? Todo se vuelve de oro. Los últimos destellos de luz adquieren un tinte cálido, un naranja intenso en el que se arremolinan formando nubes de polvo luminoso. Si se pasea por una calle se ve de pronto, al alzar la vista, una tira gloriosa de sol que besa las cornisas



Columna de la Inmaculada Concepción, Piazza di Spagna, c. 1890.

de los tejados, que arranca destellos y brillos vivísimos a los ventanales, una tira de luz densa, lo definiré así: consistente, como la niebla. A esas horas Piazza de Spagna es una delicia: llena de vida, llena de aromas. Casi todas las puertas tienen flores y tienen agua. La columna de la Virgen se eleva allí tan esbelta que parece una baratija; sobre la estatua de bronce y el capitel tiembla un fulgor rosado. La Barcaccia vierte el agua, alternando en una serie de variaciones estrépito y susurro; y allá, al fondo, Santa Trinità dei Monti es toda ella una sonrisa que surge en relieve contra el fondo opalino del cielo, envuelta en una nebulosa de oro cálido, enhiesta sobre la escalinata.

Pasan algunas señoras extranjeras: alemanas con velo verde, inglesas secas, francesas triunfantes de curvas sinuosas. Pasan las modistillas de dos en dos, de tres en tres, observando, riendo, saltando como gorrioncillos. Pasa siempre además, a esa hora, alguna espléndida criatura de pálido rostro con los ojos surcados de un tierno violeta, profundos y llenos de promesas, y los labios rojos como una herida: una de esas panteras humanas a las que con tanta frecuencia se canta en los elzevirios pasa arrastrando por la penumbra del crepúsculo el deseo de un adolescente o el sueño de un poeta.

Bull-Calf.

*Fanfulla*, 30 de enero de 1882

## 2. CONFETI EN LA HÍPICA

SUBIENDO por el Corso, hasta donde alcanza la vista, desde Piazza Venezia hasta Piazza del Popolo, se ve un vivo ondear de telas, una mezcla de colores, una fuga jocosa de blanco, de rojo, de azul, de verde, de tintes rosáceos entre el centelleo de las altas vidrieras golpeadas por los últimos rayos de sol, en medio del hervidero de mil cabezas que se asoman a los balcones, entre el clamor incesante, crepitante, petulante, de una turba que se agita sobre la arena amarilla de la calle y que se pisotea, se hace más densa y más grande, se desliza y fluctúa como si, de punta a punta y sin descanso, la invadiera toda un largo y cálido aliento de embriaguez.

¡Qué maravilla, la variedad de tipos que se ven en la turba! Está el inglés, tieso como si estuviera almidonado, todo de una pieza, con mentón cuadrado y lustroso, patillas rojizas y labios



Via del Corso, Roma, c. 1890.

sutiles como un corte de navaja, abiertos en sonrisa indefinible; el inglés que se encuentra allí, en medio de la barahúnda frenética, y siente cómo también a él se le enciende la sangre con aquella locura de placer a la que no da crédito, que aguza la vista cuando mira a la cara a esa gente se agolpa a su alrededor y al fin se deja llevar, murmurando entre dientes, de cuando en cuando, «*Wonderful! Wonderful!*»<sup>1</sup>. Está el alemán con la barbita rubia, con la larga cabellera cinérea y los ojos azules que atraviesan las gafas montadas en oro: camina lentamente, apretando contra su pecho la *Guía* roja, llevado por la ensoñación; pero puede ser que bajo la *Guía* el corazón vaya latiendo un poco más deprisa que de costumbre, y mientras pasa junto a él una osada muchacha, rozándole el brazo, siente en su oído vibrar una cancioncilla de Heine: también para él se ha roto el hielo...

Y aun así, ¿quién puede llegar a describir al pueblo de Roma? La plebe, esa inmensa ola viviente que se encrespa impetuosa, que sale clamorosa de la granizada del confeti y de entre el polvo del yeso... Son rostros vulgares que se animan de extraña manera; ojos que brillan de placer y de deseo, bocas ardientes que hablan a gritos y lanzan ocurrencias obscenas. Y por todas partes, una multitud que se agita febril, que se remanga como si el vino de la juventud fermentase en todas las arterias y en el aire se respirase la locura.

Entretanto llueve el confeti: brota, salta, se extiende; llena de puntos cándidos los trajes negros y rebota sobre los sombreros. Puntos que caen de arriba, surgen de abajo, suben, bajan, se acumulan feroces. ¿Quién es aquella señora morena de allá, la que está en la terraza blanca y azul? Parece olfatear la mezclanza con sus narices rosadas, cálidas, dilatadas, mientras desgrana sus ojos leonados, de gata selvática y levanta el labio superior con un movimiento felino al arrojar, sobre los audaces que osan mirar hacia arriba, una descarga formidable de confeti. ¿Y quién la rubia sutil y pálida vestida de claro, la que está en el ventanal con el paño rojo y amarillo, que lanza flores y confeti con su diminuta mano enguantada y que a cada lanzamiento echa la cabeza atrás, abandonándose, riéndose con una risa argéntea e infantil, agarrando del brazo al joven que está a su derecha y que la mira



*Carnaval en Roma. Carrera de caballos sueltos en Piazza del Popolo. Grabado, 1868.*



fijamente a los ojos? ¿Y aquellas tres de los antifaces, cándidas, inmóviles, silenciosas, que ocupan el palco estilo Pompadour? ¿Y aquella opulencia de diosa ancestral allí parada, impertérrita, que se asoma a la ventana baja con el paño verde y rosa?

Entonces dispara el cañón por vez primera, anunciando la carrera de caballos. Un prolongado escalofrío recorre la médula de todo romano que se precie. La locura se desborda, ondea, se aclara poco a poco, desapareciendo del centro de la vía, se agolpa sobre la acera. Aquí y allá se forman corrillos en los que se discute acaloradamente. Miles de ojos ansiosos se clavan allá abajo, en dirección a Piazza del Popolo. «¡Ahí están! ¡Ahí están!» La turba se excita, estalla el clamor. No, no son los caballos. Vuelven a empezar las porfías, invaden la parte superior de la calle, los últimos puñados de confeti se desparraman sobre sombreros que ya blanquean... ¿Qué ha sido eso? La turba se agita de nuevo, un anhelo se propaga por toda ella: los cuerpos se yerguen sobre las puntas de los pies, se alargan los cuellos. ¿Los caballos? No, no son los caballos: es un lechuguino que ha tenido la desfachatez de atravesar el Corso con sombrero de copa, y ha recibido su merecido.

Se oyen por fin tres toques de trompeta, tres sonidos que vibran en el aire al pasar sobre la multitud y encuentran su eco en todos los corazones: «¡Ahí están!». Esta vez es cierto. Llegan con un estrépito tremendo, como un huracán que se avecina: serán diez, serán once. Pasan como un relámpago, desenfrenados, cubiertos de espléndidos cueros repujados, con las crines al viento y los ojos inyectados de sangre y de pasión, las narices dilatadas;



*Inicio de la carrera de caballos en Piazza del Popolo. Grabado de Henri Regnault.*

libres, sudados, salvajes: tan terriblemente bellos que recuerdan al *Mazeppa* de Byron y de Hugo. Pasan ante la turba atónita, loca de entusiasmo. Pasan seguidos de un estallido de gritos demenciados. *Cela fait peur*, dice Madame de Stäel, *comme si c'était de la pensée sous cette forme d'animal*<sup>2</sup>.

Los más fanáticos se precipitan a Piazza Venezia, y poco después el nombre del vencedor corre de una punta a otra del Corso, junto al nombre de alguna víctima. Luego cae la tarde, sumergiendo en las sombras a la inmensa colmena ronroneante.

Bull-Calf.

*Fanfulla*, 12 de febrero de 1882